



Cassandra
la semidemonia
y
Lady Gedren
la elfa oscura

Conan el bárbaro y sus
bellas compañeras Vol. 03

Erika Sanders

Título

Cassandra la semidemonia y Lady Gedren la elfa oscura

Serie

Conan el bárbaro y sus bellas compañeras Vol. 03

@ Erika Sanders, 2018

Traducción: @ Rex Wolfson, 2018

Imagen portada: @ Captblack76 y Maksim Shmeljov, 2018

Primera edición: Diciembre, 2018

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del propietario del copyright.

Sinopsis

Cassandra la semidemonia y Lady Gedren la elfa oscura es el tercer volumen de las nuevas aventuras de Conan el Bárbaro y sus bellas compañeras.

Conozca a las mujeres en la vida de Conan como nunca antes le habían contado...

Después de las nuevas aventuras y los nuevos triunfos, Conan y su grupo regresan a la ciudad donde es ahora su hogar, Tarantia.

El regreso ¿hará que echen de menos las aventuras? o ¿será mejor de lo esperado?

Cassandra, la semidemonia, es requerida en una casa de la zona rica de la ciudad. ¿Quién y para qué necesitará de sus servicios?

Nueva serie basada en las obras de Robert E. Howard.

Nota sobre la autora:

Erika Sanders es una conocida escritora a nivel internacional que firma sus escritos más eróticos, alejados de su prosa habitual, con su nombre de soltera.

Páginas web de la autora:

<http://www.amazon.com/author/erikasanders>

<https://www.facebook.com/Erika-Sanders-237713900202337/>

CAPÍTULO III CONTRATACIÓN

Las botas de cuero de suela blanda hacían poco ruido cuando la figura oscura y encapuchada caminaba a lo largo de una oscura calle trasera.

Las casas cercanas eran grandes, algunas de las más opulentas en Tarantia, muchas de ellas iluminadas por la luz de una linterna desde dentro a esta hora de la noche.

Incluso si no fuera por la oscuridad del exterior, poco habría sido visible de los rasgos de la figura, envueltos debajo de la capa larga y encapuchada.

La figura miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera mirando, pero la calle estaba desierta.

Se acercó a la puerta trasera de una de las casas y golpeó suavemente.

Después de una larga pausa, la puerta se abrió ligeramente y un rostro humano se asomó.

Aparentemente satisfecho en lo que respecta a la identidad del visitante, el hombre abrió más la puerta y la figura desapareció dentro.

La habitación interior era sombría, iluminada solo por el candelabro que sostenía el sirviente.

Cassandra se retiró la capucha de su manto, revelando un rostro bonito, pero serio, con piel pálida y cabello castaño hasta los hombros.

Sin embargo, su ascendencia fue inmediatamente aparente, tal como lo fue, tal vez, su razón para ocultarse.

Solo por debajo de su cabello se veían las puntas de dos cuernos pequeños y negros, y sus ojos brillaban a la luz de las velas como dos granates oscuros, un tinte rojizo definitivamente antinatural.

—Le informaré a su señoría de su presencia —dijo el hombre, aparentemente sin reaccionar de ningún modo ante su reveladora apariencia—, y por favor espere aquí.

Dicho eso, se fue, llevándose la vela y sumergiendo la habitación en una

oscuridad casi total.

Eso le importaba poco a Cassandra, aunque no tenía idea de si el hombre se había dado cuenta de eso o no.

Ella era una semidemonia, su sangre manchada con la oscuridad del infierno mismo.

La mayoría de sus antepasados habían sido humanos, por supuesto, pero una de sus tatarabuelas se había comprometido a una noche de libertinaje desenfrenado con un demonio, dejando como resultado a su bisabuelo.

No sabía ni se preocupaba por los detalles precisos, ni mucho menos sobre cómo su línea tocada por el Infierno se había propagado por generaciones, pero la mancha infernal en su sangre le daba algunas ventajas sobre los humanos más mundanos.

Una de las cuales era la gran capacidad de ver en la oscuridad que habría desafiado incluso a la visión de un gato.

Esta era, concluyó, una sala de espera para visitantes que no tenía claro que la dueña de la casa quisiera que otros vieran al llegar.

Comerciantes en su mayor parte, probablemente, pero también aquellos como ella.

La habitación tenía poca decoración, y solo una ventana, que estaba bien cerrada.

Aquí había un par de sillas, ambas funcionales, pero no lo suficientemente caras como para adaptarse realmente a la casa.

El único toque de personalidad estaba en el pasillo más allá, parado en un pequeño pedestal.

Era una estatuilla, de fundición de bronce, que mostraba a un sátiro con un pene inverosiblemente grande, ocupado en follarse a una pequeña ninfa.

La boca de la ninfa estaba abierta, gritando, pero la estatuilla era demasiado ambigua para decir si el escultor había querido que fuera por placer o por dolor.

Lo que era, sospechaba ella, bastante deliberado.

De cualquier manera, parecía algo extraño para tener en el pasillo.

El hombre regresó, luego de una espera que seguramente tenía la

intención de ponerla en su lugar, pero no lo suficiente como para ser realmente inconveniente.

—Su señoría te verá ahora —dijo, y le hizo un gesto para que le siguiera.

Guió el camino a través de un pasillo que, aparte del pedestal y su figura, se parecía mucho a la de cualquier otra casa costosa y opulenta.

Se preguntó si la estatua de bronce se había puesto allí para su propio beneficio y, en caso afirmativo, cuál sería el mensaje que se suponía eso tenía.

Tal vez solo tenía la intención de intranquilizarla, pero, de ser así, había fracasado.

Se necesitaría más que eso para sorprender a una semidemonia.

Por fin llegaron a una puerta doble de madera tallada con un abstracto bajorrelieve, que el hombre abrió para indicar una habitación más iluminada más allá.

Le hizo un gesto para que entrara, luego, una vez que lo hizo, se inclinó silenciosamente ante la ocupante de la habitación antes de retroceder y cerrar la puerta.

Su señoría era claramente una perversa.

Los tapices colgaban en tres de las cuatro paredes de la habitación, ocultando cualquier otra puerta o ventana que pudiera haber.

La única pared desnuda era la que contenía la puerta por la que acababan de entrar, y que sostenía linternas brillantes con candelabros que arrojaban luz sobre la habitación.

Además, había dos sillas y una mesa pequeña, sosteniendo lo que parecía ser una botella de vino y una copa.

Si se sentara en la silla vacía, la mesa estaría fuera de su alcance, pero, lo que es más importante, solo se verían las tres paredes con tapices.

Y si la figurilla en el pasillo podía tener o no la intención de hacerla sentir incómoda, seguramente los tapices sí.

Cada uno mostraba un jardín nocturno, lleno de cuerpos desnudos envueltos en actos sexuales gráficos y explícitos.

Iban de lo apasionado a lo bizarro e incluso brutal.

Además de los humanos y los elfos, los hombres bestia y los semidemonios parecían ocupar un lugar destacado, y muchas de las parejas eran del mismo sexo.

Nada de esto tenía nada que ver con por qué había sido invitada aquí, y su mente comenzó a formular tácticas de escape, solo como una precaución.

Lady Gedren estaba sentada en la más grande de las dos sillas, que parecían tronos, y acolchadas con tela roja.

—Buenas noches —dijo ella, con su voz suave como la seda—, tome asiento.

Cassandra ya había hecho su tarea, antes de venir, sobre la mujer que tenía delante.

Lady Taramis Gedren rara vez se veía en los círculos sociales de la nobleza local, y con buena razón: ella era una elfa oscura.

Hasta donde pudo determinar Cassandra, había sido excluida de su propia sociedad por alguna razón, y se había establecido aquí, fortaleciendo su fortuna con el trabajo mercantil y mágico.

El título de 'dama' era una mera afectación, un remanente de su educación super exclusiva.

Se sentó en la silla vacía, frente a la elfa oscura.

Sobre el hombro izquierdo de su señoría había una representación de una mujer elfa que se atragantaba con la polla rígida de un minotauro, y sobre la otra, una imagen de un hombre humano, encadenado a un árbol mientras un elfo oscuro masculino lo sodomizaba.

A juzgar por la propia postura del ser humano, esto era aparentemente algo que disfrutaba mucho, a pesar de las cadenas.

Cassandra ignoró ambas imágenes, manteniendo sus ojos fijos firmemente en la mujer frente a ella.

—Escuché que eres buena —dijo su señoría.

La semidemonia no dijo nada: dadas las circunstancias, la frase era bastante ambigua.

—En obtener cosas sin el conocimiento de su propietario —agregó la

elfa oscura después de un breve silencio—, en entrar a las instalaciones donde otros preferirían que no se profanaran. ¿Es esto cierto?

—Sí —respondió Cassandra, una simple declaración de un hecho.

Gedren ya lo sabía, o ella no estaría aquí.

La elfa oscura asintió, manteniendo su expresión altanera.

Su vestido, si pudiera llamarse así, estaba hecho de un material púrpura oscuro, pero Cassandra sospechaba que su creador no podría haber sido un simple sastre común.

La parte superior consistía en dos piezas del indefinido material púrpura oscuro, estiradas sobre los pechos de Gedren, unidas por un broche dorado con un solo rubí en su amplio escote, y también provisto de tiras negras de tela alrededor de su espalda y sobre sus hombros.

También llevaba un manto de un fino material negro y sedoso, formando una gargantilla alrededor de su cuello, pero se la empujó hacia atrás para mostrar mejor el sensual y erótico conjunto del resto de su cuerpo.

Brazaletes de plata decoraban sus brazos desnudos, mientras que piezas de relleno negro cubrían sus brazos, con forma de armadura, pero claramente decorativos en lugar de prácticos.

Su piel era de color negro azabache, suave y sin defectos.

Su vientre estaba desnudo, delgado y curvilíneo, decorado solo por una cadena de filigrana dorada justo debajo de su ombligo, sosteniendo una pequeña gema colgante.

Debajo de eso venía la segunda parte de su vestido, dos tiras anchas del mismo material púrpura oscuro envueltas entre sus piernas, llegando hasta la mitad de sus pantorrillas.

Estaban unidas por otras dos tiras negras más, una que se extendía sobre sus caderas desnudas y la otra más abajo en la parte superior de sus muslos.

Parecía casi una camisa, pero, aun así, dejaba sus piernas casi desnudas.

—Tengo una tarea que requiere a alguien de sus talentos particulares —dijo Lady Gedren—, no hace falta decir que su discreción es absolutamente esencial.

—Sabrá que el silencio viene garantizado con mi trabajo —respondió la

semidemonia.

Gedren ya lo habría comprobado también.

Era de esperar en este negocio.

—Perfecto. —contestó la elfa oscura, con una leve sonrisa tentadora en sus labios.

Su pelo era blanco puro, como la nieve, recogido en una larga cola de caballo, con flecos sueltos que enmarcaban su rostro.

Sus ojos eran de color ámbar brillante, pero de alguna manera tan fríos como el hielo.

Ella no parecía ser del tipo de mujer con la que apeteciera cruzarse en tu camino, pero Cassandra había lidiado con mucha de este tipo de gente durante su vida, y había pocas personas que pudieran intimidarla ahora.

Gedren cruzó lánguidamente las piernas, mostrando la suave extensión negra de un muslo desnudo y, probablemente de manera bastante intencional, un destello de sus bragas de color púrpura oscuro.

Todo su enfoque, tuvo que admitir Cassandra, era nuevo método para ella.

Normalmente, si alguien quería impresionarla sobre lo poderosos y aterradores que eran, utilizarían la amenaza implícita de la violencia.

Esta era la primera vez que alguien intentaba desanimarla a través de la sexualidad.

Pero ella estaba decidida a que no funcionaría mejor que cualquier otro enfoque.

Y no era, simplemente, a través del uso de la decoración y la ropa reveladora que Gedren estaba tratando de hacerla sentirse incómoda.

Incluso dentro del corto espacio de tiempo que había estado en la habitación, los ojos del elfa oscura ya había recorrido y se habían detenido sobre su cuerpo varias veces.

Cassandra llevaba ropa de cuero, que cubría cada centímetro de su piel, excepto la cabeza, pero no había duda de que estaba desnudándola mentalmente.

Como un semidemonia, esa era una experiencia inusual, y no parecía

que Gedren estuviera fingiendo su deseo.

Por lo que, si los tapices eran una guía, sus gustos tendían a lo inusual y variado, pero, desafortunadamente para el elfa oscura, Cassandra no tenía, ahora mismo, ninguna intención de hacerlo con otra mujer.

—Hay algunos individuos que recientemente regresaron a esta ciudad — continuó Lady Gedren.

—Son el tipo de personas que tienden a adentrarse en las ruinas subterráneas en busca de oro y tesoros. Estoy segura de que conoce el tipo de personas de las que le hablo. Son expertos y experimentados, como cualquiera que tuviera que sobrevivir durante mucho tiempo en aventuras.

Cassandra asintió, pero esperando a que Lady Gedren acabara lo que tenía que decir.

—Y han adquirido algo, algo que me gustaría que obtuvieras para mí...

(Continuará en el próximo volumen).